

**Pentecostés B715—Julio 12, 2015**

**Salmos 85:1-4, 8-13**

**Amos 7:7-15**

**Efesios 1:3-6, 11-14**

**Marcos 6:6b-7, 13-29**

***Herodes Pierde Su Valentía—y, Juan Pierde Su Cabeza***

En su comentario en el Evangelio de hoy, Joanna Adams sugiere que sea buen momento de romper fuera del leccionario—al fin y al cabo, es el verano. Entonces, ¿por qué no sacar un sermón que complazca a la congregación?

Casi me convence. Pero sospecho que ninguno de ustedes han escuchado un sermón sobre este texto. Y, por una buena razón—escuchar atentamente y no detectar ni una nota de felicidad o esperanza.

Hasta ahora hemos estado leyendo sobre todas las cosas lindas que Jesús está haciendo: calmando tormentas, expulsando demonios, sanando mujeres desesperadas, levantando a los muertos, ese tipo de cosa. Y, cuando la gente escucha sobre las cosas grandiosas que Jesús está haciendo, algunos piensan, “*¡Debe ser el Juan el Bautista levantado de los muertos!*” ¿Muerto? Lo último que escuchamos, en el primer capítulo, es que Juan está en la cárcel. ¡No sabíamos que estaba muerto!

Dándose cuenta de que esto debe ser una sorpresa, Marcos nos informa: Parece ser que todo sucedió cuando Juan fue a Herodes y le dijo que su matrimonio era una indignidad—por que Herodes había tomado como su mujer a la esposa de su hermano, Herodías—¡después de haber asesinado a su hermano!

¿Puede escuchar a Juan? “¡Haz las cosas bien! Esto que tienes con la esposa de tu hermano... tiene que terminar!” “Y, ¿si me rehúso?” contesta Herodes. “Pues,” grita Juan, “la corte está en sesión, el juez se está poniendo su túnica—¡y yo tengo tus citas!”

Ahora, aunque a Herodes no le caigan bien las palabras de Juan, piensa que es un predicador fantástico. ¿Pero y Herodías? Está tan enfurecida que lo quiere matar. Herodes, quizás para evitar que Herodías lo lleve a cabo, mete a Juan a prisión—es decir, en detención preventiva.

Pues, las cosas continúan bajo este arreglo hasta que llegamos al texto de hoy cuando Herodes decide celebrar su cumpleaños. Todos los de la clase más alta de Galilea están presentes. Y, después de que el vino hace su maña, una niña entra y baila. No importa que es Salome, la hija del hermano difunto de Herodes, ósea su sobrina—está tan prendido como sus amigos. En un momento de una intento ebrio de seducción, Herodes articula mal, “¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres la mitad de mi reino? Nombra lo que quieres, es tuyo.”

Cuando Salome pregunta a su mamá que pedir, Herodías grita, “¡La cabeza de Juan!” Herodes titubea, pero, renuente a quedar mal ante la bonita Salome, cabecea “si.” Lo que sobró de Juan fue reclamado por sus seguidores y puesto en un sepulcro.

Pues ahí lo tiene—la muerte del último gran profeta del Antiguo Testamento y del primer predicador magnífico del Nuevo. Pero note: no viene de una conspiración malvada, sino por una promesa tonta y exagerada para impresionar una niña.

Herodes no es un hombre tan malo. Este Herodes no es el Herodes que mata todos los niños en el tiempo del nacimiento de Jesús. Ni el Herodes que más tarde asesina a Santiago y a otros apóstoles como es escrito en el libro de los Hechos. Este Herodes en realidad no es un rey—sólo un político insignificante, que en un momento de tontería ebria, promete la muerte de un hombre.

Si necesitamos un recordatorio del por qué necesitamos salvación, Marcos provee una viñeta repugnante del hecho que, más frecuente de lo que nos gusta admitir, necesitamos ser salvos no de un gran poder *fuera de nosotros*, sino de nuestra propia tontería, nuestro hábito de dejarnos llevar por nuestra debilidad, nuestro temor de hablar, de levantarnos, nuestras maneras de seguirle la corriente a las mentiras de este mundo. Pues, sin nuestra complicidad ciega, la mayoría de los poderes no podrían hacer su maldad.

Quizás nos es dado este cuento asqueroso como una advertencia de dejarnos llevar en tal disfunción. Quiero decir, podemos tan fácilmente ignorar la verdad, dejarnos atrapar en cosas tontas que fácilmente justificamos—pero que terminan en muerte.

Una vacuna puede proteger mujeres de un cáncer que comienza con una enfermedad transmitida sexualmente. Aún así, gente de fe se oponen, argumentando que la inyección, que debe ser administrada a niñas adolescentes, animará actividad sexual antes del matrimonio. ¿El riesgo de cáncer de cuello uterino es aceptable por la probable violación de una regla religiosa? Tontería.

Leyes del control de armas salvan vidas. La evidencia es indisputable. Aún así, la Asociación Nacional del Rifle y fabricantes de armas lo niegan—y nosotros les creemos. Tontería.

Muchos ven la Guerra Civil como la simple lucha de proteger estados del Sur de los invasores. La bandera de la Confederación es inofensiva, es sobre patrimonio. ¿En serio? Esa guerra era sobre secesión, esclavitud, y la supremacía blanca. Y, la bandera es un recordatorio de eso y es muy ofensiva a muchos. Tontería.

Si, Dios nos salva de las maldades de tiranos y terroristas y depredadores. Pero también debemos ser salvados de nosotros mismos y de las cosas malas que creemos, las decisiones tontas que hacemos a lo diario, de los compromisos ridículos y arreglos que hacemos sin pensar, de las decisiones y causas que parecen perfectamente sensatas—pero terminan destruyendo la vida.

Somos más como Herodes de lo que nos gustaría admitir. Tomamos esta vuelta, después otra, hasta que un día nos damos cuenta que hemos perdido el camino.

Garrison Keillor, en una de sus historias cuenta de Jim Nordberg, quien pierde su trabajo enseñando en un colegio local y acepta la oferta a trabajar en admisiones. Su asistente es una mujer joven y vivaz llamada Barbara, quien ríe cuando echa chistes y aprecia su brillantez, lo cual piensa que su esposa ya no nota.

Una conferencia, que Jim y Barbara deben asistir, es en Chicago. Mientras Jim planea el viaje, admite a sí mismo: “No sé que piensa ella pero yo estoy pensando en adulterio.” Barbara se ofrece a conducir, y en la mañana que deben salir, Jim está esperando afuera—y repentinamente se da cuenta de lo que su decisión pueda significar:

*Mientras miraba la calle donde los vecinos vivían, miré que todos dependemos de cada uno. Miré que aunque pensé que mis pecados podrían ser secretos, no son tan secretos como un temblor. Todas estas casas y todas estas familias—mi infidelidad de alguna manera los agitaría. Contaminaría el agua. Haría que gases dañinos salieran de los ventiladores en la escuela primaria... Si voy a Chicago con esta mujer que no es mi esposa, de alguna manera la patrulla de la escuela olvidaría vigilar la intersección y el hijo de alguien sería lastimado. Una maestra del sexto grado pensaría, “Qué demonios,” y eliminaría a Sud América de la geografía. Nuestro ministro decidiría, “Qué demonios—no voy a dar ese sermón sobre los pobres.” De alguna manera mi adulterio causará que el hombre en el mercado diga, “Al diablo con el Departamento de Salud. Este chorizo estaba bueno ayer—no puede estar malo hoy.”*

Al final, Nordberg decide no ir.

El cuento de Keillor, y el de Marcos, nos recuerda que el gran destructor de la vida no es, aunque si existe, algún poder malvado fuera de nosotros, sino que, está dentro de las decisiones tontas que hacemos a lo diario.

Pero hay otros—aquellos con la valentía y la claridad moral que Herodes carecía. Apenas hace dos semanas—el 27 de junio, 10 días después de las matanzas en las iglesias de Charleston—una mujer afro-americana de 30 años, Bree Newsome, con al ayuda de James Tyson, un hombre blanco de edad media, escalaron el asta de bandera de la casa del estado de Carolina del Sur. Mientras citaban Salmos 27—vaya a casa y léalo—Newsome desenganchó la bandera de la Confederación. Cuando bajaron, ella y Tyson fueron arrestados. Dos empleados afro-americanos del estado fueron obligados a reponer la bandera.

Después, Newsome dijo: “La masacre de Charleston me agitó. Poco antes de eso, había visto la película, *Selma*, con su horrible recreación del bombardeo de la Iglesia Bautista de la calle 16 en Birmingham. Pero esto no era una película, ni el pasado. Un hombre blanco había entrado a una iglesia afro-americana y masacrado a personas mientras oraban.

“Por mucho tiempo, la supremacía blanca había resultado en leyes racistas y practicas diseñadas a subyugar a personas de color. Y el emblema de la confederación, las estrellas y las barras, ha sido durante mucho tiempo la bandera reconocible de esta ideología.

“A principios de esta semana me reuní con un grupo pequeño. Como millones de otros, pensamos que la bandera de la Confederación, colgada en Carolina del sur en 1962 en al altura del Movimiento de Derechos Civiles, debería ser bajada—inmediatamente.

“A los que me titulan un ‘agitador exterior,’” digo... Varios de mis antepasados africanos entraron este continente por medio del mercado de esclavos en Charleston: Mi cuarto bisabuelo, quien se paró en la subasta rehusándose a ser vendido sin su esposa y recién nacido bebé; ese bebé, mi tercer bisabuela, esclavizada por 27 años, quien oraba diariamente que sus hijos

tuvieran libertad; su esposo, mi tercer bisabuelo, un esclavizado mozo de labranza fundó una iglesia en la víspera de la Guerra Civil que existe hasta el día de hoy; su hijo, mi segundo bisabuelo, al que llamaban “Bebé Libre” porque era su primer hijo nacido en libertad.

“Vea que yo conozco mi historia y mi herencia. La Confederación no es ni el único legado del Sur ni uno admirable. La herencia del Sur que adopto es la del pueblo no subyugado por opresión racial. Incluye personas como Ida B. Wells, Martin Luther King, Fannie Lou Hamer, Rosa Parks, Medgar Evers y Ella Baker.

“No veo mejor causa más que liberación, igualdad y justicia para todo el pueblo de Dios. ¿Qué mejor razón para arriesgar tu propia libertad sino para pelear por la libertad de otros? Esa es la valentía moral demostrada ayer por James Tyson quien me ayudó pasar la cerca y me vigiló mientras yo escalaba. La historia le recordará junto a los muchos aliados blancos que han arriesgado su propia seguridad en defensa de las vidas de afro-americanos y en el nombre de la igualdad racial.

“Es importante recordad que nuestra lucha no termina cuando la bandera es bajada. Nuestra generación ha tomado el estandarte de pelear las batallas que muchos pensaron que habían sido ganadas hace mucho tiempo. Debemos pelear con todo el vigor para que nuestros nietos no estén peleando estas batallas en otros 50 años. Este momento es un llamado a la acción. Todo honor y alabanza es para Dios.”

Amigos, los problemas nuestros y los del mundo no pueden todos ser culpados a una gran maldad fuera de nuestro control. El problema real está dentro de nosotros y en las decisiones que hacemos—y es hora que lo admitamos, y oremos por valentía, como la de Bree Newsome y James Tyson, para hablar la verdad y llevarla acabo.

Terminaré de igual manera de cómo comenzamos nuestra adoración, con esta oración: *Señor Dios, ante el asombro de tu misericordia que podamos dejar todo apego a las cosas que nos mantienen cautivos. Ante tu gracia que las cargas que nos cansan y manchan Tu imagen caigan de nuestras espaldas hasta que sólo nos veamos como Tu nos ves—hijos, amados y perdonados. Y, después, liberados, que podamos levantarnos y cantar tus alabanzas, y que podamos vivir en fe, en amor y paz con todos los demás. En el nombre de Jesús nuestro Hermano, Amigo y Señor, oramos. Amen.*